



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	Los hispanos en Estados Unidos el drama de Puerto Rico: El Espejo Roto
Autor:	Lizcano, Manuel
Forma sugerida de citar:	Lizcano, M. (1989). Los hispanos en Estados Unidos el drama de Puerto Rico: El Espejo Roto. <i>Cuadernos Americanos</i> , 3(15), 114-136.
Publicado en la revista:	<i>Cuadernos Americanos</i>
Datos de la revista:	
ISSN:	0185-156X
	Nueva Época, año III, núm. 15, (mayo-junio de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS HISPANOS EN ESTADOS UNIDOS EL DRAMA DE PUERTO RICO: EL ESPEJO ROTO

Por Manuel LIZCANO
SOCIÓLOGO ESPAÑOL

1. *Introducción para españoles, 1987*

NO SON pocos los españoles de hoy incapaces ya de recordar que la provincia autónoma española de Puerto Rico fue ocupada por las tropas de desembarco de los Estados Unidos en 1898. Tanta amnesia es comprensible. En lo que llevamos de siglo, cada nueva década se enseña a nuestra juventud menos historia, menos conciencia colectiva, menos tradición cultural viva de España. Y la poca a la que tienen acceso escolar rara vez es una reconstrucción real de nuestro complejo pasado. Pues hoy no podemos conformarnos con cualquier cosa que no sea una historia y hermenéutica de la tradición española rigurosamente críticas, elaboradas al más alto nivel interpretativo al que se sitúa la rica bibliografía de investigación internacionalmente acumulada al respecto. Mientras llega ese día, de la ingenua y pánfila visión de una España "imperial" cuantitativamente grande, muy extensa, y que además nunca había roto un plato, tuvimos que pasar, para mayor desgracia todavía, a hacer nuestras con beato entusiasmo "científico" cuantas versiones hispanóforas circulaban por el mundo. Hijas todas de la máquina "moderna" de la "propaganda" política inventada en la corte inglesa de mediados del siglo XVI con la intención de construir un fanático y contundente estereotipo anti-hispánico. Quizás convenga puntualizar esto antes de pasar adelante.

La conceptualización, por lo demás bastante obvia, que la hermenéutica de Gadamer¹ ha dejado establecida entre lo que es la *tradición cultural* de cada pueblo y su peculiar *sistema de prejuicios* nos permite hoy objetivar con estricta racionalidad cuanto de odio anti-

¹ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1984 (1a. ed. alemana, 1960; 3a. ed., aum., 1972) y *L'Art de comprendre. Hermenétique et tradition philosophique*, París, Aubier, 1982.

hispanico sin escrúpulos ha corrido al lado de toda la trayectoria universal de España, esto es, del largo ciclo que ahora se recapitula y condensa en el famoso tema del V Centenario. Pues bien, ese odio antihispanico ha contado, por lo menos, con tres registros de primera magnitud. Por un lado, el fanatismo calvinista de flamencos y hugonotes. Por otro lado, la rivalidad resentida de una Inglaterra y una Francia en ascenso enfrentadas a la superpotencia hegemónica mundial que les cortaba su expansión. Y en tercer término, un factor que se tiene poco en cuenta: el afán creciente, a medida que transcurría "la modernidad", con que la Santa Sede romana ha tratado de independizar su imagen histórica respecto de la paralela y singular cultura hispano-católica, incluidas sus intrínsecas fuerzas religiosas "modernas". Recordemos a este respecto, entre otros episodios, incluso más graves, la tensa diplomacia con que Felipe II tuvo que proteger frente a los nuncios la reforma del misticismo descalzo, o la turbia historia de la disolución dieciochesca de los jesuitas, o la actual beligerancia vaticana contra la típica tradición hispánica de izquierda cristiana que hoy representa la "teología de la liberación" en Iberoamérica.

De casi todo esto ha dejado sobrada constancia la notable investigación histórica internacional que desenmascara expresamente la "leyenda negra". Dicha investigación arranca de la obra que lleva este nombre, publicada por Julián Juderías en 1914.² Juderías es un culto regeneracionista de la generación de Unamuno y Altamira, historiador y académico, miembro activo del Instituto de Reformas Sociales e incansable viajero de nuestra diplomacia, a cuyo servicio ejerció su pasmoso dominio de dieciséis lenguas vivas. Pieza fundamental es luego la obra clave del colombiano Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos de nuestra historia*.³ Y ya disponemos de las exhaustivas monografías más recientes, del tipo de la publicada en 1971 por el profesor norteamericano William S. Maltby, de la Duke University, de Durham, bajo el título de *La Leyenda negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antibispanico, 1558-1660*.⁴ Obra esta última en la que no sólo se desentrañan los móviles que condujeron a la creación de todo un voluminoso género literario —con fijaciones tan curiosas como la continua edición anglosajona del *The Spanish Colonie...* de Las Casas, desde su temprana traducción inglesa de 1583 hasta la no menos oportunista y aún más caprichosa versión neoyorkina de 1898—, sino que se hace comprensible

² *La leyenda negra*, Madrid, Torre de la Botica-Swan, 1986 (1a. ed. 1914).

³ Bogotá, Tercer Mundo, 1984.

⁴ México, FCE, 1982 (1a. ed. en inglés, 1971).

cómo tan irracional "sistema de prejuicios" —en la acepción más estrecha y negativa del término— sigue gozando de libre circulación en amplias corrientes de opinión, mentalidades culturales y medios intelectuales antihispánicos de hoy, a pesar de su patente anacronismo, desfiguración continua y resentida de los hechos y final desenmascaramiento crítico.

El motivo de esta irracional obsesión en repetir el insostenible discurso antihispánico, no es otro, para Maltby, que la asociación, que más tarde se ha hecho, de este mismo género cultivado por los libelistas antiespañoles con el sistema de valores de la "modernidad" liberal.

Se ha supuesto que los flamencos buscaban la tolerancia religiosa y la libertad personal, cuando en rigor, muchos de ellos sólo trataban de imponer otra clase de tiranía religiosa, sin dejar de mantener los privilegios aristocráticos. Las libertades democráticas habitualmente asociadas con sus nombres eran, en su mayoría, impensables en 1565. Los que, en el siglo XIX y comienzos del XX, creyeron que estos principios estaban entretnejidos en la urdimbre misma del universo, naturalmente lo ignoraban. Identificaron la rebelión de los Países Bajos con el culto a sus propios dioses, e hicieron de los enemigos de aquella sus propios enemigos.⁵

No era entonces fácil sospechar todavía que la "modernidad", de que tan ufanos se sentían los antihispánicos, iba a caer en nuestra década actual en el más completo descrédito "posmoderno". Y menos aún que ese descrédito que terminaría por dejar inservibles las dos corrientes "progresistas" de la presuntamente unívoca "modernidad" —la "liberal" o ilustrado-burguesa, y la "materialista" o marxista—, no afectaría en cambio a la otra gran corriente, simultánea y nunca reconocida de la "modernidad occidental": la *liberante* española e hispánica.

A ese gran motivo de fondo obedece racionalmente el hecho de que a estas alturas, sometidos durante las generaciones universitarias de más de ciento cincuenta años a un tratamiento provocador de amnesia colectiva, no pocos españoles —igual que muchos hispánicos de las demás naciones de nuestra cultura— no recuerden ya lo de Puerto Rico en 1898. Lo de Puerto Rico y Cuba, claro está; y Filipinas, más otras cuestiones "menores", como Guam. Ni siquiera es fácil encontrar un buen comentario entre los libros de que puede disponer el lector culto, al texto del decisivo Tratado de París

⁵ William Maltby, *op. cit.*, p. 78.

de ese mismo año. Tratado que al menos en el caso de Puerto Rico estaba viciado de raíz, pues pese a todas sus resistencias los negociadores españoles no tuvieron más remedio que acceder a la ficción de un traspaso de soberanía que en realidad, por la Carta autonómica de 1897, pertenecía ya constitucionalmente a la Asamblea del pueblo puertorriqueño. Sin embargo, nada de ello es obstáculo para que aún haya españoles ignorantes, incluso entre el estamento profesoral, y los que tienen acceso a difundidos medios de expresión, que puedan permitirse hablar de que entonces España "perdió unas islas". Sin advertir que ese desviante "progresismo" del que hacen alarde para negar su propia tradición cultural, sólo se traduce en hacer de ellos los verdaderos y peores "colonialistas" que en realidad hayan existido en nuestra cultura.

Y esto sería, por lo menos, la mitad de la cuestión. Porque la otra mitad es, desde luego, que eso mismo que ya no recuerda buena parte de la conciencia histórica colectiva de los españoles naturalmente que lo recuerdan los propios puertorriqueños. Y no es que éste sea tampoco "su problema", conforme al desarraigado estilo del individualismo narcisista o consumista que tan tardíamente se ha puesto de moda en ciertos comportamientos españoles de hoy. Mentalidad que quizás se nos ha enquistado, aunque sea marginalmente, porque, pese a los buenos propósitos democráticos, les resulte ahora contagioso a algunos el éxito maquiavélico que siempre cosecharon en Iberoamérica los círculos militaristas ingleses y norteamericanos. Ellos han sido los maestros en elevar a axioma de su política exterior el supuesto hobbesiano de que lo más elemental de toda nación todavía débil seguirá siendo su "lucha de todos contra todos"; es decir, que la función social de las oligarquías-burguesías contemporáneas de Iberoamérica respecto de sus pueblos no era otra que ser meros "lobos del hombre". Con lo que, entre hispanos, "cada cual en su casa", o que "cada palo aguante su vela". Para esta mentalidad desviante, lo de España estaría siendo ya europeísmo estricto, con todas sus implicaciones; y las "Españas de la diáspora" que se las arreglen mientras esto dure como puedan.

Pero, con independencia del acierto o la ceguera de tan osadas intuiciones "españolas", la verdad es que a los puertorriqueños les ha sucedido lo mismo que si a los castellanos, los catalanes o los vascos, por uno de esos trasvases de población que siguen aconteciendo de vez en cuando, nos hubieran asentado en el territorio de aquella Isla del Caribe, a esos miles de kilómetros de la Península. A renglón seguido, al cabo de cierto tiempo nos hubiesen invadido —militar, social, cultural, educacional, religiosa, política, económica, demográfica y estratégicamente es decir, a todos los efectos— las

tropas de desembarco de los Estados Unidos; y con ellas, las de sus misioneros de las sectas protestantes, comerciantes, educadores, etcétera. Y estuviésemos, en fin, a punto de conmemorar ahora el primer centenario de nuestra ocupación extranjera, con todo lo que nos habría llovido durante esos casi cien años.

Es evidente que en tales condiciones la Isla no estaría siendo otra cosa, para quienes no hubieran perdido su más elemental dignidad de persona y de pueblo, que nuestra tierra patria irredenta; la tradición histórica y cultural hispanohablante y cristiano-católica, de libertades y prejuicios heredados, seguiría siendo la misma de la lejana y añorada España; nuestras variantes ambiental y étnicamente adheridas, más la distancia infranqueable y vigilada con el resto de nuestra gente hispánica, habrían reforzado nuestra conciencia de nación "cautiva" o "secuestrada", que vive prácticamente "en solitario"; nuestro entorno internacional directo sería el caribeño, el intrincado mosaico estratégico de las grandes y las pequeñas Antillas, bajo la sombra imperialista directa de los Estados Unidos, nuestro "extranjero más vecino" en tal supuesto, como hoy lo es para los puertorriqueños; y nuestra historia inmediata, de las cuatro últimas generaciones, quedaría reducida a las condiciones de descarrilamiento y catástrofe nacionales —incluidas la artificial prosperidad no autocontrolada, la degradación masiva de una población parada y subsidiada desde fuera, el control genocida de la natalidad o la partición final en dos de la propia sociedad, entre la Isla y la emigración servil al continente— impuestas por la misma poderosa potencia ocupante.

Con todo esto, claro está que seguiríamos siendo gente hispánica; española de lengua, cultura y tradición nacional, un miembro creador y activo más del subcontinente hispano-americano. Pero viviríamos soportando una situación-límite, *colonial* auténtica: en términos de la más rigurosa actualidad y no entre las nieblas de una insostenible "historia colonial" atribuida, incluso ya académicamente, a los reinos y provincias españoles de ultramar. Una falsa historia y "mentira negra" que nunca pudo aspirar a tanto: llegar a ser creída hasta hace poco —salvo ciertos espesos fósiles todavía actuales— por una cierta mentalidad de españoles y americanos, a los que se logró mutilar el orgullo de su eminente dignidad histórica —en la que tienen que ir incluidas, desde luego, todas nuestras luces y sombras, autenticidades y bloqueos. Que a tanto podrá decirse siempre que llegó el bobo mito demonizador de España vista como el Anticristo puritano, a cuya final y eficaz difusión antihispánica tanto contribuyó el resentido antagonismo europeo de la burguesía pensante. Y sería así, en tan adversas condiciones, como

esos españoles "evacuados" tendríamos que tratar de sobrevivir a toda costa, siquiera como sociedad independiente en su cultura y tradición históricas, "España de la diáspora", fragmento vivo del gran espejo roto de las Españas. A la espera de que algún día pudiésemos conseguir el viejo ideal de la federación: la antillana, la iberoamericana, la de las Españas todas, dispersas por los mares y los continentes hispanizados. Pues bien: eso mismo es lo que les viene aconteciendo en los últimos cien años a esos "españoles de allá" —o "de acá", eso sí, según se mire— que, justamente desde su espiritual soberanía irreductible, siguen siendo los puertorriqueños.

2. *Los "españoles de acá" y
los "españoles de allá" desde 1898*

LA expresión, entrañable y reiterativa —aunque ya chocante por su desuso entre nosotros, como todo lo que aún declare el vínculo de amor y lealtad de sangre, habla y tradición que une a nuestra gente hispana—, es de Pedreira, uno de los excelentes intelectuales hispánicos de nuestro siglo. Recogemos dos textos suyos al respecto.

El nativo no renunció jamás a su españolidad puertorriqueña; se consideró siempre español *de acá* con ideas y reacciones distintas de los *de allá*. El puñado de separatistas no formó nunca ambiente; los liberales, reformistas, abolicionistas y autonomistas formaban legión. A veces fueron injustos con España por el descrédito en que muy a menudo caía su administración en la isla. Y a pesar de que la nación descubridora estaba en la obligación moral de sostener a sus gobernantes, siempre se pudo hacer distinción entre el gobierno de allá y el gobierno de acá. Una cosa era España y otra sus mandatarios. Para emancipar nuestro gesto tuvimos muchas veces que enfrentarnos a ambos (p. 73) . . . Al perder la madre patria sus hijos americanos y al observar el carácter discolo de nuestra hermana Cuba, para los españoles de allá nos convertimos, por nuestro buen comportamiento, en el *enfant gaté*, en el niño mimado de la ya escasa familia hispánica.⁶

El profesor Antonio S. Pedreira, a juicio de la más prestigiosa crítica de la Isla, es el mentor de la actual generación finisecular puertorriqueña, tan acreditada universitariamente en los estudios filológicos y literarios, históricos y sociológicos, o en los campos del ensayo o el derecho. Demasiado severo, a juicio de lo más predominante de sus críticos de hoy, en su diagnóstico sobre el colapso en

⁶ Antonio Pedreira, *Insularismo*, Río Piedras, Edil, 1973, p. 119.

que sufrió a la nación puertorriqueña la catástrofe del 98 —el angustioso "cambio de soberanía", en torno a cuya fecha nace la generación de Pedreira—, él es reconocido generalmente sin embargo como una cima de noble magisterio pensador, escritor y patriota. Es bien obvio que cualquiera que se ponga en su lugar tendrá que hacer suyo el mismo sentimiento conmovido de la patria malherida y prisionera. Que no haya más remedio que apechar con lo inevitable y sacar todo el partido posible de la situación adversa, como ejemplarmente han sabido hacerlo el pueblo y la intelectualidad de la España boricua, es una cosa; y otra bien distinta que la conciencia histórica de la independencia perdida por un pueblo libre, y el gravísimo costo social impuesto por su semicautiverio respecto del nuevo y culturalmente hostil territorio metropolitano, no sigan sangrando amargamente.

Sentimiento de humillación y pesimismo al que nada se opone el coraje creador admirable, insistamos en ello, de tantos como han hecho frente a la realidad para sacar adelante como fuese la patria en desgracia. Todo lo contrario. Pero sí tenía que resultarle inaceptable la extendida y frívola entrega o travestismo cultural de los que se encuentran en el mejor de los mundos cuando les alienan el alma. Es lo que, tras fustigar acerbamente el fenómeno, Pedreira simboliza en la décima de Lloréns Torres, quien con sarcástica acritud cifra en el más popular arquetipo isleño, exaltación a la vez de jibarismo y boricuismo, la resistencia espiritual de la nación:

Llegó un jíbaro a San Juan
y unos cuantos pitiyankis
lo atajaron en el parque
queriéndole conquistar.
Le hablaron del Tío Sam,
de Wilson, de Mr. Root,
de New York, de Sandy-hook,
de la libertad, del voto,
del dólar, del hábeas corpus
y el jíbaro dijo: Nju.

Pero tampoco se crea que la españolidad honda del puertorriqueño pudiera entenderse como una singularidad de alguien que se movía en puros idealismos, al margen de los hechos reales. Fueron "españoles americanos", "españoles de allá" para todo el mundo, empezando por ellos mismos, quienes en los "tiempos de España" desempeñaron la destacada acción parlamentaria de don Ramón Power, diputado por la provincia de Puerto Rico en las Cortes de

Cádiz de 1812; o la del intelectual José Julián Acosta y sus compañeros, los comisionados de Cuba y Puerto Rico en las Cortes de 1865, a cuya acción se debió que, tras haberse constituido en Madrid dos años antes la Sociedad Abolicionista Española y la Junta de Información para la Reforma de las Antillas, pudiera proclamarse la libertad total de los esclavos en 1873, así como la Ley Autonómica que en 1897 venía a reconocer la federación de la nación puertorriqueña con la española —"de acá"— en la Corona Común.⁷

Por cierto: ¿para cuándo dejaremos la investigación, en los archivos de nuestras cortes y en los generales del estado, que complete las excelentes monografías puertorriqueñas al dar cuenta exhaustiva y rigurosa de la historia parlamentaria y gubernativa del Puerto Rico provincial bajo administración española; de los debates de las polémicas madrileñas y barcelonesas en defensa de sus derechos, de la dignidad de la vida, o el fomento de la educación, las vías públicas o la sanidad, la agricultura, el comercio y la industria, tanto como de las carencias no atendidas en todo ello; la represión ejercida por ciertas autoridades, o los abusos de la "burguesía" local, española y nativa? Balance que, por supuesto, tan necesario nos resulta a todos disponer de él en lo que concierne a las provincias (la revisión a fondo del tópico de "las colonias" merece capítulo aparte) antillanas como en las de Filipinas, hasta ese momento en que se abate también sobre ellas la invasión por la armada de los Estados Unidos.

Volviendo a la autonomista pero pacífica Borinquen que se transforma en nación acabada durante su capital siglo XIX —último y decisivamente madurador de su perpetuo hermanamiento con España—, es muy elocuente el efecto que ejerce en esos cien años la formación española de sus intelectuales y escritores. Incluso muchos de sus líderes políticos, religiosos y educativos ostentan siempre la impronta de sus años universitarios peninsulares o canarios, pero principalmente en Madrid o en Barcelona; empezando, desde luego, por sus propios héroes nacionalistas, igual que sucedió con los cubanos y filipinos. Madrid era hasta 1898 tan capital viva y verdadera de Puerto Rico, o de las otras Españas de Ultramar del final de aquella Monarquía común, como de cualquier otra de las regiones y provincias "de acá". La historia de las ideas y el pensamiento en lengua española, lo mismo que la de los estilos y corrientes literarias, nos es un territorio estrechamente compartido desde el romanticismo hasta lo que los puertorriqueños aluden siempre como el hundimiento abismal del "cambio de soberanía". Muchos de ellos dejarán hecha y editada su obra en España. E incluso después, con oca-

⁷ María Teresa Babín, *Panorama de la cultura puertorriqueña*, New York, Las Américas Publishing Co., 1958, pp. 30-35.

sión del renacimiento general hispánico que empuja el modernismo, los escritores isleños seguirán participando tan en primer término en nuestra creatividad viva como los del resto de nuestros pueblos hispanohablantes.

A estas alturas, cuando parte de las aguas vuelven a sus cauces, tan radicalmente *nuestros* nos son así a los de allá como a los de acá —por un múltiple derecho de "propiedad" esencial, que va desde la viva acción creadora con que unos y otros continuamos a nuestros clásicos, hasta la alta investigación crítica con que reevaluamos sin cesar sus fuentes— el "Siglo de Oro" o el "Barroco", en su literatura y en su arte; Francisco Gimer y su ilustre colaborador Eugenio María de Hostos; los decimonónicos movimientos tanto conservadores como "progresistas"; los poderosos fermentos libertarios populares; el regeneracionismo noventayochista, o el impacto afrancesado originario que terminaría por desencadenar el refinamiento y la innovación del modernismo. Recordemos sólo las cimas, entre la selva inagotable que tiene precisamente su culminación asombrosa en una generación crucial: la que se encuentra hecha puente agónico entre el "Puerto Rico del tiempo de España" y el "Puerto Rico norteamericano". Por ejemplo, el visceral "¿qué será de nosotros?" que preside la novelesca de Manuel Zenó Gandía; o la exaltación de la tradicional historia compartida en la dignidad y la gesta comuneras, escrita con tan firme intención libertaria por el dramaturgo Salvador Brau. Y al fondo queda toda la gran estirpe de los Gautier Benítez, los Pachín Marín —también "caballero/libertario"—, Abbad, Lola Rodríguez Tió o Elzaburu. Ana Roqué o José de Diego, los cultivadores de la zarzuela o de la lírica más alta, los Palés Matos, Carmelina Vizcarrondo o Carmen A. Padilla, los Hernández Aquino, Corretjer o Matos Paoli, Nilita Vientós y la propia María Teresa Babín; tan preocupados siempre por el *ethos* angustiado de la patria como por las hispánicas raíces ancestrales.

Es aquella fe de Unamuno en sus raíces, su misma fuerza creadora, la que salvará de la angustia total al preclaro puñado ya aludido de hombres —varones y mujeres ilustres— que grávidos de patética "esperanza puertorriqueña", llenan primero el escenario cultural de su misma generación; que enriquecen enseguida nuestro ensayismo contemporáneo hispano, con aportaciones tan esenciales como la de Pedreira —igual que una generación más tarde resonará el desesperanzado *Réquiem por una cultura*, de Eduardo Seda Bonilla;⁸ que antes, en los años treinta —los mismos en que levanta

⁸ *Réquiem por una cultura; (ensayos sobre la socialización del puertorriqueño en su cultura y en el ámbito del poder neocolonial)*, Río Piedras, Bayoán, 1972.

inoralmente a Nicaragua Sandino, el "general de hombres libres"—, llegaré a crisparse en violencia épica en torno a la figura españolísima de Albizu Campos, desde la impotencia desesperada que no encuentra otro camino de liberación para la patria perdida; y que en oleadas ya casi siempre pacíficas llega hasta nuestros días, bien con el entrañamiento que no cesa de los intelectuales republicanos, y el afincamiento en las dos patrias de cumbres, rigurosamente comunes Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Pablo Casals—, bien con el reciente impacto histórico que ha significado la visita de los Reyes de España.

Antes, por cierto, de tocar esta última cuestión, muy significativa a los efectos de nuestro análisis interpretativo, aludiremos todavía, aunque no sea más, a las corrientes de pensamiento más actuales: la inevitable oleada de ensayistas sin raíces que siguen, también en Puerto Rico, pagando tributo a la moda marxista de enfrascar nuestras realidades en sus métodos, dogmas y vocabularios de escuela; los excelentes trabajos académicos —Isabel Gutiérrez del Arroyo, Loida Figueroa, Milton Pabón, Luis Nieves Falcón, Manuel Maldonado Denis o Carmen Gautier Mayoral—; a las agudas referencias que Henríquez Ureña o Darcy Ribeiro —no exento éste tampoco, igual que Maldonado Denis, de su coetáneo préstamo marxista— hacen al problema de Puerto Rico; o a las todavía próximas aportaciones filológicas y literarias, como la del español Germán de Granda, o la de Luis López Nieves, que se mencionan en nuestra bibliografía. Pero aún quisiera detenerme siquiera un momento, como digo, en la significación del encuentro del Monarca español con Puerto Rico.

La visita ofrecía aspectos diplomáticos delicados. Apenas tres semanas después de haber abandonado la Isla la pareja real española llegaba a San Juan el vicepresidente norteamericano George Bush, quien destacaba su postura favorable a la anexión definitiva del país a Estados Unidos. El recelo de Washington ante el hecho de haberse inscrito el viaje real dentro de una gira hispanoamericana, no norteamericana, se tradujo en su consideración de la visita como privada, en tanto que era perfectamente oficial para la delegación española. La llegada de los Reyes fue desviada a una base militar norteamericana, evitando la acogida popular, distanciamiento que se cuidó de mantener en todo momento el espectacular despliegue del servicio secreto estadounidense, hasta extremos que dieron lugar a desusados incidentes. Entre otros se destaca la "invitación" que tuvo que hacer el cónsul de España en San Juan a cuatro agentes de dicho servicio secreto para que abandonaran su residencia, junto con los maletines de que eran portadores, poco antes de que el Rey se entre-

vistara en privado con los líderes opositores. No obstante, se hizo patente la euforia hispánica de los treinta mil vecinos de San Juan que acudieron a la ceremonia oficial de acogida, ya en la grandiosa Fortaleza de El Morro, así como en todas las ocasiones en que se recuperó la espontaneidad.

Don Juan Carlos resaltó con tacto y prudencia, a juicio de los observadores, los vínculos actuales de Puerto Rico, así como la española amistad con los Estados Unidos. Pero el profundo espíritu y tradición comunes se fueron adueñando no sólo de sus discursos sino de todas las ceremonias y festejos. Como era obligado, esto se manifestó en el encuentro con los líderes de la oposición independentista, que expresaron su denuncia de los planes sufridos para la destrucción de su cultura y nacionalidad vivas, al tiempo que estallaban las inevitables bombas de protesta anti-USA. Sin embargo, categóricas manifestaciones nacionalistas llenaron también las intervenciones de los propios magistrados oficiales isleños. Donde esto se acusa especialmente es en la acogida de gran relieve dada al acontecimiento por la prensa puertorriqueña.

Las palabras del gobernador Hernández Colón excedieron a todo protocolo. "Puerto Rico es, de todos los pueblos hispanoamericanos, el que con mayor persistencia ha llamado a España "Madre Patria"; "hemos aprendido a ver, no a la España del pasado sino a la eterna"; o bien: "ochenta y nueve años atrás, en un simbólico gesto, el último gobernador español de Puerto Rico detuvo, con un golpe de sable, las manecillas de un viejo reloj de la Real Fortaleza de Santa Catalina; hoy, con la llegada de vuestras majestades, bien podríamos echar a andar hacia atrás esas manecillas". Alabó también expresamente la Constitución española de 1812, que ya había recogido un "amplio reconocimiento de derechos políticos" al pueblo puertorriqueño. No menos singular, dentro del mismo espíritu entrañable, fue la proclamación del alcalde —miembro del partido favorable a la anexión a Estados Unidos— Corrada del Río, al reconocerse "súbdito de los Reyes de España, ya que estos aún ejercen en Puerto Rico una muy alta monarquía: la del corazón". Afirmación que corría parejas con otra de la misma autoridad: "No importa el destino político final de esta tierra —que aún está por resolverse—; en nuestra sangre correrá siempre sangre española y nuestra fe cristiana nos continuará dando un profundo sentido del ser". El Rey destacó, por su parte, junto con la sustantiva tradición hispánica de ambas naciones, el gran reforzamiento de la vida hispano-puertorriqueña que había supuesto la cálida acogida dispensada en la Isla a los intelectuales republicanos exiliados por la guerra civil de 1936.

Las demás autoridades, los escritores, los periodistas exaltaron en

sendas intervenciones y artículos las figuras intelectuales españolas vinculadas a su propia tradición histórica; la común y también ancestral conciencia democrática; el recuerdo familiar de los antepasados emigrantes, o la reiterada convicción de que son las raíces la clave básica de toda configuración del futuro. "Están en su casa", titulaba festivamente una de las informaciones de acogida. Otras encabezaban de lleno a primera plana "La visita real", "Más vínculos. Rey exhorta incrementar nexos entre Puerto Rico y España" o "La huella hispánica sigue viva en Puerto Rico". "Viva la huella de la hispanidad" era el encabezamiento, máximo igualmente, acompañado de un grabado que reproducía repetidamente el escudo Real de España, dedicado por *El Nuevo Día* del 26 de mayo, que destacaba además el nuevo tipo de relaciones entre los países iberoamericanos que la visita regia suponía para la Isla. "Unidos en una sola tradición", era otro de sus titulares. En otro lugar se titulaba también la información sobre la carta enviada al Rey por el Presidente Reagan, en que éste daba al monarca la bienvenida a "los Estados Unidos", con este mismo entremillado crítico: "Bienvenido a 'los Estados Unidos' ". *El Reportero* titulaba asimismo "En su viejo San Juan", hacía del Rey "símbolo vivo y presencia real de la nación madre de la América Hispana", y destacaba las palabras del gobernador al ofrecer a Don Juan Carlos "la primera condecoración que en toda su historia ha conferido el pueblo de Puerto Rico". Por su lado, en entrevista de veinticinco minutos, "sin límite de tiempo", el líder independentista Rubén Berrios pudo plantear al Rey y al ministro de Exteriores que le acompañaba la situación de "colonialismo" de Puerto Rico, subrayando la "obligación histórica" de España para ayudar a la gestión de la independencia, ya que "Puerto Rico fue arrancado de la mano de España sin consentimiento de nadie".

Además, la comisión nacional boricua de celebración del V Centenario del Descubrimiento de América —la cual había tropezado en principio con el rechazo oficial norteamericano— vio reforzado su prestigio y simbolismo al convertirse con esta ocasión en sede anfitriona de la V Conferencia de Comisiones Nacionales del Quinto Centenario: "la primera reunión de este tipo presidida por el monarca", según resaltaban los diarios. Las recomendaciones puertorriqueñas aportadas por su comisión estudian el establecimiento en San Juan de un Museo de las Américas y la creación de "un archivo documental de las grandes figuras literarias, artísticas y culturales de toda Hispanoamérica".

Si recogemos, pues, lo más significativo de este acontecimiento, que no habría podido producirse en el pasado —y que no es imaginable en la relación de otros pueblos europeos con los extraeuropeos

a los que se vincularon históricamente— no es difícil advertir que en la complejidad y fugacidad anecdóticas de esta visita regia se han dado cita buena parte de los elementos situacionales que enmarcan el inédito momento diplomático en que vuelven a encontrarse nuestras "España de la diáspora", el común "espejo roto de las Españas", todos los españoles de cada "acá" y cada "allá" del planeta. En un nuevo entorno internacional, sombrío y abierto, quizás como nunca, esta ineludible reagrupación de las Españas tiene que tomar en cuenta, por supuesto, las realidades establecidas por los intereses y estrategias ocasionales de las grandes potencias de hoy. La clara voluntad amistosa y pacífica de todo el bloque hispánico de naciones tiene que aprender a jugar ya su propia estrategia e intereses, no en términos de confrontación sino de círculos concéntricos de complementariedades, hasta llegar a la más universal. De modo que la presencia de la comunidad hispanohablante pueda contribuir con solidez a diseñar un escenario, un horizonte, una esperanza para todos, que ahuyentando los suicidas antagonismos entre Este y Oeste o Norte y Sur, dé paso a un cualitativo sistema de equilibrios, puesto ya por entero al servicio del hombre y de su creciente liberación. Es en ese marco de creación de nuevas realidades donde toda la reconstitución hispánica pendiente tiene su imaginativo e innovador juego de equilibrios por definir y fundamentar.

3. *El paradigma liberante hispánico del puertorriqueño*

Es la más estricta lógica de nuestra propia investigación hermenéutica la que nos ha conducido a seguir el método imaginativo que nos hiciese accesible y comprensible el sentido de la vida que está impeliendo la historia de toda sociedad cultural compleja. Lo hemos conceptualizado con rigor, ateniéndonos por lo demás a las condiciones habituales del método científico, de control objetivo y de falsabilidad o verificación posterior de lo estudiado, y tratando de situarnos al nivel más documentado posible de las convergencias transdisciplinarias. En nuestro caso, partimos ante todo del hecho fundamentante—susceptible, eso sí, de evaluaciones y modos de apuesta distintos—de que el hombre no es sociocultural ni antropológicamente un mero sistema social, o sistema de sistemas, naturales y sociales, sino que es también, en una dimensión esencial suya—esto es, constitutivamente—, a-sistema. No simple voluntad que decide hacer o no hacer, y cómo. Porque él está siendo profundamente libertad intrínseca: una fuerza íntima que hace de sí mismo la existencia sustantiva de un libre; un metasistema libre; un suelto o independiente ontológico

—por principio, pero a la vez, en ciertos aspectos— de todo sistema y determinación: un absoluto, aunque en el acontecimiento, haciéndose, en estricta y constante paradoja existencial.

Esta triangularidad de las esencias humanas, genéticamente específica, ecosistémica, sistema de vida, máquina viva —en el continuo vida-muerte— la una; lingüístico-mundana —necesitada de articularse como una sala de espejos o un fabuloso mecano de sistemas culturales, religiosos, políticos— otra de ellas; y a-sistémica, libre, absoluta —pero a tientas— la tercera; en una palabra, esta misma constitución a tres bandas de todo lo humano, nos conduce a comprender los tres consiguientes contextos empíricos en los cuales podemos ver realizada y mostrándonos la vida humana. Un primer respecto es el del estar en realidad o el "sistema de estructuras", que percibe primariamente la reflexión del hombre ante "las cosas", ante la naturaleza ecosistémica o la nuda existencia. Otro respecto es el de la fundamentación paradigmática, de la experiencia de absoluto y el misterio del estar siendo para sí mismo una intimidad, en buena medida siempre desconocida e imprevisible; un libre que explora casi a ciegas, pero soñando y creándola, trayéndola a realidad, donde antes no estaba, la singular unidad o totalidad de sí mismo: ese íntimo sentido existencial suyo que, por lo demás, lo mismo puede experimentarse o vivenciarse mística que ateamente, religiosa, filosófica, ética o ideológicamente. El tercer respecto es el del "sistema de estrategias" colectivo, el traer también a realidad la parte que nos toca del lenguaje-mundo —la sociedad, la cultura, la religión o creencia, el Estado—, en este punto en que cada pueblo, generación o grupo nos insertamos dentro de la evolución o la historia global de la humanidad.

A lo cual hay que añadir que, igual que a toda persona le es sustantiva su intimidad —tanto sistemática como profunda—, a todo sistema social lo que le sustantiva y caracteriza es su propia utopía particular y diferenciada. La utopía, en su prístino sentido del gran sueño desde el que sus generaciones fundadoras crearon el sistema de lenguaje y simbolismo, de valores, ideas y apuestas a la totalidad de sentido del mundo —pero ante todo el mundo de la "patria" o "madre-patria" que concibieron las mujeres y los varones ya míticos inexorablemente, de los orígenes; o sea, las generaciones o los padres. "fundadores", o las "comunidades primitivas", digamos, de Grecia o del cristianismo. Y es ese nuevo, inventado sentido del mundo el que va a dar carácter compacto, concreción tradicional, a la insólita arquitectura literaria, ya escrita y dramatizada siempre en sus versiones históricas, del inconfundible repertorio de arquetipos que la respectiva utopía colectiva ha alimentado en cada una de nuestras.

complejas civilizaciones, culturas y concepciones del mundo de los últimos doce milenios. Estos arquetipos, según los contextos respectivos, serán revelados o sagrados; teatrales o narrativos; obras de una cierta ortodoxia filosófica, científica o ideológica; productos artísticos de un epocal estilo estético. Pero siempre vendrán de un paradigma fundamentador que libremente, por pura apuesta profunda, está guiando ese peculiar modo de intimidad personal y utopía colectiva al que se atiene cada "vividura" o "morada vital", como decía Américo Castro. A la vez que esos mismos arquetipos culturales serían transmitidos celosamente por la tradición histórica y el sistema básico de prejuicios que no están diseñando el carácter, *ethos* o identidad de ese mismo sistema social en marcha.

De este modo, estamos ya en condiciones de objetivar el sistema de arquetipos culturales característicos de la cultura, tradición y lenguaje que nos han dado realidad —realidad humana, realidad lingüística— a los hombres hispanohablantes. Lo cual es lo mismo que decir a los hombres hispano-católicos: con todas sus amplísimas variantes, claro está; incluidas las más polarizadas y frontales disidencias. Pero esas disidencias siempre lo serán justamente a partir de que —aun en el supuesto frecuente de estar siendo oriundas, de rebote, desde paradigmas o utopías ajenos— lo son, es decir, se han constituido como tales disidencias, dentro de nuestro propio lenguaje y morada vital; en respectividad conflictiva o antagónica con nuestro paradigma, tradición y arquetipos nucleadores. Esta ineludible libertad con que, en toda comunidad humana, lo mismo que son vividos por unos son rechazados por otros el paradigma, la tradición o los arquetipos fundamentantes, nos lleva todavía a diferenciar, en consecuencia, arquetipos y contratipos, sentidos y contrasentidos, valores y contravalores. Que es su casi inextricable entretrejerse y confundirse en la vida cotidiana lo que hará que cualquier visión tuerta pueda legitimar su autofelicitación o su fanatismo, al cerrarse en cada caso en la misma acrítica "objetividad" que permita afirmar que todo se está viendo negro o todo se está viendo blanco.

Es dentro de estas coordenadas hermenéuticas como entiendo que cabe formular seriamente la teoría de que nuestra tradición cultural hispanohablante se ha definido en términos de una radicalísima y apasionada conquista de la libertad: de la libertad universal, para todos, y vista en su enfoque sustantivamente *liberante*, es decir, en cuanto la más honda y real aspiración a la liberación, íntima y utópica, para mí tanto como para el otro. Sería así como nuestro particular estar en realidad se ha expresado en un "arquetipo quijotiano", simbolizador egregio de la actitud y mentalidad que podemos calificar de *desmesura realista*. En cuanto a nuestra experiencia de

ab-soluto, nadie puede dudar de que sea central para la cultura hispanohablante la universal figura de fray Juan de la Cruz, en cuya radical experiencia jesuana confluyen las cimas de nuestros otros dos grandes misticismos medievales: el judeo-español —tan próximo a la fundadora carmelita y maestra/discípula de Juan de la Cruz, Teresa de Jesús— y el islámico-español —enseguida nos haremos eco de la obra ingente de la puertorriqueña Luce López Baralt. Aquí tienen su sitio el que llamaremos "arquetipo juancruciano" y su respectiva actitud vital del *agonismo creador*, fuente que no cesa de proyectarse en nuestro sistema cultural hasta sus más alejadas repercusiones seculares —Unamuno es en esto un referente capital. Y en lo que hace al ámbito del lenguaje-mundo en su sentido estricto, o sea, las dimensiones rigurosamente lingüísticas y conviviales, sociopolíticas y estratégicas de la utopía en marcha, *El Crítico* nos ofrece como el simbolismo mayor de nuestra ancestral vivencia de *utopía crítica* —el hacerse continuo de la utopía del mundo en el teatro del mundo—, vivencia simbolizada justamente, con fuertes proyecciones universales que tienden a acrecentarse cada vez más en el futuro, en nuestro arquetipo graciano. Por lo demás, los contratipos, tanto como las tradiciones y mentalidades desviantes que se contraponen como rechazos sistemáticos, dentro de nuestra cultura, a estos tres arquetipos, y a estas tres tradiciones y mentalidades auténticas, bien pueden denominarse respectivamente *desmesura insana*, *picaresca transgresora* y *utopía enajenada*.

Sin espacio ni ocasión ahora para una discusión mínima de estas concepciones y constantes interpretativas, y disponiendo menos aún de un conocimiento pormenorizado y global de los datos efectivos que una seria investigación transdisciplinaria de la cultura puertorriqueña puede arrojar dentro de los "contenedores" de este entramado teórico, tengo que limitarme por el momento a apuntar mis razonables hipótesis correspondientes a los campos de objetivación ya señalados: valores y contravalores, arquetipos y contratipos, tradiciones y mentalidades auténticas y desviantes. Lo que de entrada conseguiremos así es subrayar la racionalidad y la significación simultáneas observables en las grandes afinidades y las respectivas diferencias que emparentan, a la vez que dan su independencia complementaria, lo mismo a las tradiciones e identidades culturales de España y Puerto Rico que a ambas naciones con cada una del resto de nuestra gran sociedad hispanoamericana —o iberoamericana, siempre que incluimos a Brasil y a Portugal.

a) *El estar en realidad desmesurado*

Aquí tendremos que remitirnos obligadamente, y ante todo, al arquetipo puertorriqueño del jibaro y su tratamiento literario. Como ya señalamos antes, esta figura se ha hecho hoy mito viviente. Casi extinguida en los últimos reductos del interior rural, su consagración literaria colectiva la logró Manuel Alonso en 1849 con su obra *El Gibaro*,⁹ primer texto clásico de la literatura nacional isleña. Dentro de la vieja constante del hidalgo pobre y popular, cuyo género llena la arquetipología hispánica del *id* al Quijote y al Martín Fierro, el adalid puertorriqueño es también el blanco pobre, la figura criolla que encarna la sobriedad medio espartana, medio estoica, medio ascética, el modelo del saber y los valores tradicionales. Diestro como nadie en el caballo, el machete o la fiesta, su guitarra y su rico cancionero centran la tradición folklórica —española— de Puerto Rico.

Es clave en este vitalismo de nuestra *desmesura realista*, de la que se originan y cristalizan todas nuestras estructuras sociales, la unamuniana afirmación de Pedreira: "Crear en nosotros para poder crearnos. Y la mejor manera de crearnos es padeciendo debajo del poder de la cultura. . . Los pueblos. . . han de tornarse harina en el molino de los aprendizajes. Empecemos por desempolvar el pasado, para despejar el horizonte".¹⁰ Para llegar a crearse a sí mismos, efectivamente, el primer paso que necesitan dar los libres es creerse a sí mismos, en la viva fe que reclama sin cesar la realización pendiente de su propia intimidad y su nacional utopía. Este vendría a ser por su lado el quijotiano mensaje de Pedreira. Y al mismo blanco apuntan el constante y múltiple recuerdo literario del estilo hidalgo, de la esmerada cortesía y hospitalidad españolas; la general valoración de la misma raíz vitalista española en el folklore puertorriqueño; su impronta en la vida y el arte, la casa y la comida, las fiestas y tradiciones religiosas, la arquitectura, la música y el baile; la historia de las ideas que culmina en Lola Rodríguez Tió; el fuerte sentido de la dignidad en Brau, en Gautier Benítez o en aquel caballero/libertario de Pachín Marín. La línea de investigación que se abre en este aspecto no cabe duda de que ofrece un campo extraordinario a la juventud universitaria hispano-puertorriqueña. Del mismo modo que nuestra antitética *desmesura insana* ha tenido también, por su parte, proyecciones graves, del mismo carácter en la vida colectiva puertorriqueña que en la española "de acá".

⁹ Barcelona, 1849.

¹⁰ Antonio Pedreira, *op. cit.*, p. 157.

b) El misterio liberante del hombre

En este ámbito, ni siquiera necesitamos esperar ya la gran investigación de partida. Una de las obras capitales, si no la mayor, de la hermenéutica mundial sobre fray Juan de la Cruz, es la de Luce López Baralt que citamos en la bibliografía. No es para nada una obra creativa dentro del género que a lo largo de los milenios históricos viene cultivando la expresión poética y sapiencial relativa a la experiencia mística, profunda, de absoluto. Pero sí es una de las más sugestivas exploraciones críticas que el estudio interpretativo de esa literatura haya producido hasta la fecha.

Siguiendo la vía abierta y transitada por Asín Palacios hasta su muerte en 1944, Luce López Baralt, seriamente respaldada por la ayuda y colaboración de su Universidad de Puerto Rico, y con la oportuna financiación de varias instituciones universitarias norteamericanas, ha invertido en su *San Juan de la Cruz y el Islam* más de diez años de trabajo ininterrumpido.¹¹ Su material han sido los documentos en lenguas semíticas, hebreos, árabes y alijamiados que guardaban las universidades y fondos históricos persas, libaneses e iraquíes, egipcios y hebreos, vaticanos, españoles y europeos, que le han permitido sumergirse como nunca en el inmenso río de los antecedentes judíos, islámicos y cristianos que se entrecruzan complejísicamente, en la desconcertante obra juancruciana. Antecedentes que, relacionados con sus inagotables repercusiones, hacen de este autor quizás el producto más genuino del mestizo y renacentista Siglo de Oro español.

La revolución espiritual, bíblica y poética, clave en la historia de las ideas, que a tan alto riesgo personal fue capaz de desencadenar este creativo personaje español —hijo de "la Moraña" de Avila, una de las grandes concentraciones demográficas del interior de la Península en que fueron agrupándose los moriscos españoles dispersos desde su Andalucía originaria—, es desentrañada por López Baralt en todo su nudo filológico y de tradiciones, laberínticamente entrecruzado. Aunque ella no rehúye la contraposición continua de sus fértiles hallazgos y sus nuevas perplejidades —en cuyo campo tanto tiene por discutir y corregir la crítica especializada—, lo que ha quedado confinado de golpe a estrechos límites provincianos son todos los estudios tradicionales que venían limitando la investigación juancruciana a su imposible comprensión dentro de las variables características del misticismo medieval europeo. Pienso concretamente, por

¹¹ *San Juan de la Cruz y el Islam. Estudio sobre las filiaciones semíticas de su literatura mística.* México, "El Colegio de México-Universidad de Puerto Rico, 1985.

dar un ejemplo relevante en la corriente de tratamiento protestante favorable —lejos ya, eso sí, y no es poco, de la clásica tendencia fanáticamente anti-mística de toda la Reforma— que representa Colin P. Thompson, en su riguroso *El poeta y el místico. Un estudio sobre "El cántico espiritual" de San Juan de la Cruz*.¹²

A partir, pues, de esta eminente plataforma crítica aportada por la especialista puertorriqueña, se ven ya varias cosas importantes con un enfoque nuevo. Para nuestra propia hermenéutica liberante, cobra toda su audacia la atrevida re-creación juancruciana del jesuano arquetipo del "rebelde frente a sí", pasado por el extra-europeo filtro cultural del sufismo español. La exploración de la intimidad humana desde la teoría racional que trata de comprender la transformación o mutación sobrehumanadora del misterio del hombre, destaca la ingente aportación de Juan de la Cruz al radical humanismo liberante hispánico. El libre sustantivo que se está fraguando en la vida de cada hombre, resalta en su "para el justo no hay ley: él para sí se es ley" tan categóricamente como en Cervantes y en Gracián. Toda la intencionalidad "católica" en cuanto universal de la tridentina laicidad española del siglo xvi se nos muestra así, en su racionalidad y modernidad más intrínsecas, a un nivel de profundidad, de radicalidad decisiva, que no sospecharon ni supieron más que recortar miseramente las antropologías pobres del protestantismo, el individualismo y la Ilustración.

Nunca el constitutivo "querer más" del hombre, su lenguaje del "alma", llegaron tan lejos, ni abarcaron tanto. Es a esta luz a la que la cultura española ha desarrollado todas las potencialidades de su rica tradición y mentalidad del *agonismo creador* así como el sesgo y el rechazo de su auténtica *picaresca transgresora*, tan fáciles ambos de rastrear en el agónico vivir hispano. Pues bien: situar esa problemática en el marco de la cultura nacional puertorriqueña, en estudios comparativos con la española o cualquier otra de las hispánicas —acudiendo a las fuentes de la rica tradición y folklore religiosos, aunque no limitándose a ellas; explorando los desdoblamientos de esta actitud en los comportamientos políticos, comerciales, culturales, de personalidades públicas o mentalidades de época, etcétera—, constituye, a nuestro juicio, la segunda gran temática de investigación comparada que tenemos ante nosotros.

c) *El hacer sociedad haciendo utopía crítica*

Este se nos ofrece como el más frondoso campo de estudio de los tres que dejamos teóricamente acotados. A reserva, lógicamente, de

¹² Madrid, Torres de la Botica-Swan, 1985, pp. 21-45.

lo que dijese con mejor criterio los propios filólogos y pensadores puertorriqueños, yo cifraría el estudio de su dramática utopía nacional, de su azorada estrategia ante el aplastamiento o ante la cautividad de media nación por los anchos suburbios de la sociedad norteamericana, en *Réquiem por una cultura*, de Eduardo Seda Bonilla. Entiendo que puede ser muy fecundo el cotejo entre lo denunciado y soñado por Gracián en *El Criticón* y la amarga acusación —batida por todos los vientos ideológicos de hace ya década y media— que Seda Bonilla alza contra el maltrato y victimación a que ha sido sometida la fuerte conciencia democrática de su pueblo. Y a partir de aquí, cuanto de *utopía crítica y utopía enajenada* nos ha caracterizado contradictoriamente como cultura hispánica y liberante, puede ser objeto de una confrontación interpretativa del máximo interés.

Los temas a explorar en este aspecto son muchos y vitales. El "recordar hacia mañana" de Pedreira, la singularísima hemorragia colectiva puertorriqueña de su diáspora nacional, el rebosar por doquier la característica utopía/mundo de todo pueblo hispánico en la literatura boricua, la figura y vicisitudes del político-intelectual iberoamericano en su versión isleña; el choque de mentalidades nacionalismo/norteamericanización; el estilo del señorío popular y la degradación masiva provocada por un paro estructural que a mitad de la década de los setenta mantenía al 66% de la población laboral acogida a la ayuda norteamericana para los pobres, con los comportamientos políticos y sociales consiguientes; asaltos genocidas como el educacional a la lengua durante medio siglo, o el demográfico que ha representado la esterilización clínica masiva en los años sesenta —que se combina con la atracción a la isla de millares de extranjeros de etnias extrañas, a la espera de la nacionalidad norteamericana— para romper la homogeneidad hispana de la población; la propia modalidad puertorriqueña del trasplante cultural hispánico, con sus consecuencias para la intensa conciencia popular de "democracia de ágora" y su visceral rechazo de la "democracia de facciones", la cual sin embargo nos abrumba en la era capitalista.

En definitiva, qué estrategias vitales —familiares, culturales, defensivas de toda índole— y manifestándose en qué mentalidades y conflictos, ha sido capaz de crear la España puertorriqueña, para sobrevivir a su grave amenaza contemporánea de extinción bajo el *asimilismo* programado de una presión aplastante. Objetivar e interpretar, hacia una solución todavía creativa y reequilibradora, este problema, constituye un desafío de primer orden a nuestra vida y a nuestra inteligencia.

BIBLIOGRAFIA

- Ainsa, Fernando, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid, Gredos, 1986.
- Albizu Campos, Pedro, *Obras escogidas*. Vol. I. 1923-1936. Ed., recop., introd. y notas de J. Benjamín Torres, San Juan, Jelofe, 1975.
- , *La conciencia nacional puertorriqueña*. Sel., introd. y notas de Manuel Maldonado Denis, México, Siglo XXI, 1977 (1a. ed., 1972).
- Alonso, Manuel A., *El Gibaro*, Barcelona. 1849. Hay reed. Río Piedras, Colegio Hostos, 1949.
- Babín, María Teresa, *Panorama de la cultura puertorriqueña*. New York, Las Americas Publishing Co., 1958.
- Bennassar, Bartolomé, *Histoire des Espagnols*. Paris, Armand Colin, 1985, 2 vols. (Amplio conjunto sistemático de investigación de historiadores franceses, y la especial del español Domínguez Ortiz, orientadas y coordinadas por el autor).
- , *La América española y portuguesa (siglos XVI-XVIII)*. Madrid, Sarpe, 1986.
- Betances, Ramón Emeterio, *Obras*. Ed., recop., introd. y notas de Ana Suárez Díaz, Río Piedras, Huracán, 1978/2 vols. (El 1er. vol. es de 1970; está anunciada la publicación de otros volúmenes, con sus trabajos periodísticos y de diversa índole).
- Blanco Lázaro, Enrique T., *Anatomía de una Isla*. Río Piedras, Ediciones Puerto, 1973.
- Campos Ricardo y Juan Flores, "Migración y cultura nacional puertorriqueñas", en *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales* (Coloquio de Princeton). Río Piedras, Huracán, 1981.
- Canino Salgado, Marcelino, *Gozos devocionales de la tradición puertorriqueña*. Universidad de Puerto Rico, Uprex, 1974.
- Corretjer, Juan Antonio, *La lucha por la independencia de Puerto Rico*. Guaynabo, 1974 (1a. ed., 1949).
- Fernández Méndez, Eugenio, *Antología de la poesía puertorriqueña*. San Juan, El Cemi, 1968.
- Figuerola, Loida, *Breve historia de Puerto Rico*. Ed. Río Piedras, 1971, 2 vols.
- Gaos, José, *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*. Culiacán (México), Univ. Autónoma de Sinaloa, 1982, 2 vols.
- Gautier Mayoral, Carmen, *Un aspecto de la dependencia política de P. R.: los efectos políticos de la ayuda norteamericana para los pobres en P. R. (1927-1980)*. (Documentación de cátedra de la autora), Univ. de Río Piedras, 1981.
- , y María del Pilar Argüelles, *Puerto Rico y la ONU*. Río Piedras, Edil, 1978.
- González, José Luis, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales* (Coloquio de Princeton), Río Piedras, Huracán, 1981.
- , *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras, Huracán, 1983.
- Granda, Germán de, *Transculturación (e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo, 1898-1968)*. Río Piedras, Edil, 1972.
- Gutiérrez del Arroyo, Isabel, *Conjunción de elementos del medievo y la*

- modernidad en la conquista y colonización de Puerto Rico. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.
- Hernández Ureña, Pedro, "Puerto Rico", "La sociología de Hostos" y "Martí" en *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978 (pp. 232-240; 267-272 y 293-295).
- Hostos, Eugenio María de, "Discurso pronunciado por el director de la escuela normal de Santo Domingo, en la investidura de los primeros maestros normales de la república, discípulos suyos, en 1884", en José Gaos, *Antología del pensamiento en lengua española en la edad contemporánea*. Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1982, vol. 1 (pp. 537-551).
- Juderías, Julián, *La leyenda negra*. Madrid, Torre de la Botica-Swan, 1986.
- Lewis, Oscar, *La vida. Una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza: San Juan y Nueva York*. México, Mortiz, 1969. (1a. ed. en inglés 1965).
- Liévano Aguirre, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. 10a. ed., Bogotá, "Tercer Mundo", 1984, 2 vols.
- López Baralt, Luce, *San Juan de la Cruz y el Islam. Estudio sobre las filiaciones semíticas de su literatura mística*. México, El Colegio de México-Universidad de Puerto Rico, 1985.
- López Nieves, Luis, *Historia de la primera invasión norteamericana de la Isla de Puerto Rico en mayo 1898*. San Juan, Cordillera, 1985.
- Maldonado Denis, Manuel, *Puerto Rico. Una interpretación histórico-social*. México, Siglo XXI, 1969.
- Maltby, William S., *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento anti-hispánico, 1558-1660*. México, FCE, 1982. (1a. ed. en inglés, 1971).
- Nieves Falcón, Luis, *Diagnóstico de Puerto Rico*. Río Piedras, Edil, 1972.
- Pabón, Milton, *La cultura política puertorriqueña*. Universidad de Río Piedras, Xagüey, 1972.
- Pedreira, Antonio S., *Insularismo*. Río Piedras, Edil, 1973 (1a. ed., 1934).
- Picón Salas, Mariano, "Lo hispanoamericano desde los Estados Unidos" y "Las pequeñas naciones. Discurso en la Universidad de Puerto Rico" en *Viejos y nuevos mundos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983 (pp. 425-433 y 438-453).
- Quesada, Carlos, *Puerto Rico. La proletarización de una economía*. Madrid, Zero, 1972.
- Quintero Rivera, A. G., *Lucha obrera en Puerto Rico. Antología de grandes documentos en la historia obrera puertorriqueña*. Universidad de Puerto Rico, Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP), 1971.
- , "Clases sociales e identidad nacional notas sobre el desarrollo nacional puertorriqueño", en *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales* (Coloquio de Princeton). Río Piedras, Huracán, 1981.
- , *et al*, *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales* (Coloquio de Princeton). Ed. y pref. de Arcadio Díaz Quiñones, Río Piedras, Huracán, 1981 (1a. ed. 1979).
- Ribeiro, Darcy, *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985 (1a. ed., 1969).
- , *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*. México, Siglo XXI, 1978 (1a. ed., 1971).
- Rielo, Fernando, *Teoría del Quijote. Su mística hispánica*. Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982.

- Scarano, Francisco A., *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras, Huracán, 1981.
- Seda Bonilla, Eduardo, *Réquiem por una cultura. (Ensayos sobre la socialización del puertorriqueño en su cultura y en el ámbito del poder neocolonial)*. Río Piedras, Bayoán, 1972.
- Thompson, Colin P., *El poeta y el místico. Un estudio sobre "El Cántico espiritual de San Juan de la Cruz"*. Madrid, Torre de la Botica-Swan, 1985. (1977, ed. esp. de 1985).

OBRAS GENERALES

- ATLASECO (Atlas économique mondial). París, SGB, 1987, pp. 556-559.
- Nuestro Mundo* (Banco de Información Omnidata, EFE), 85-86. Madrid, Espasa-Calpe, 1985. V. esp. "Puerto Rico", pp. 1203-1248.